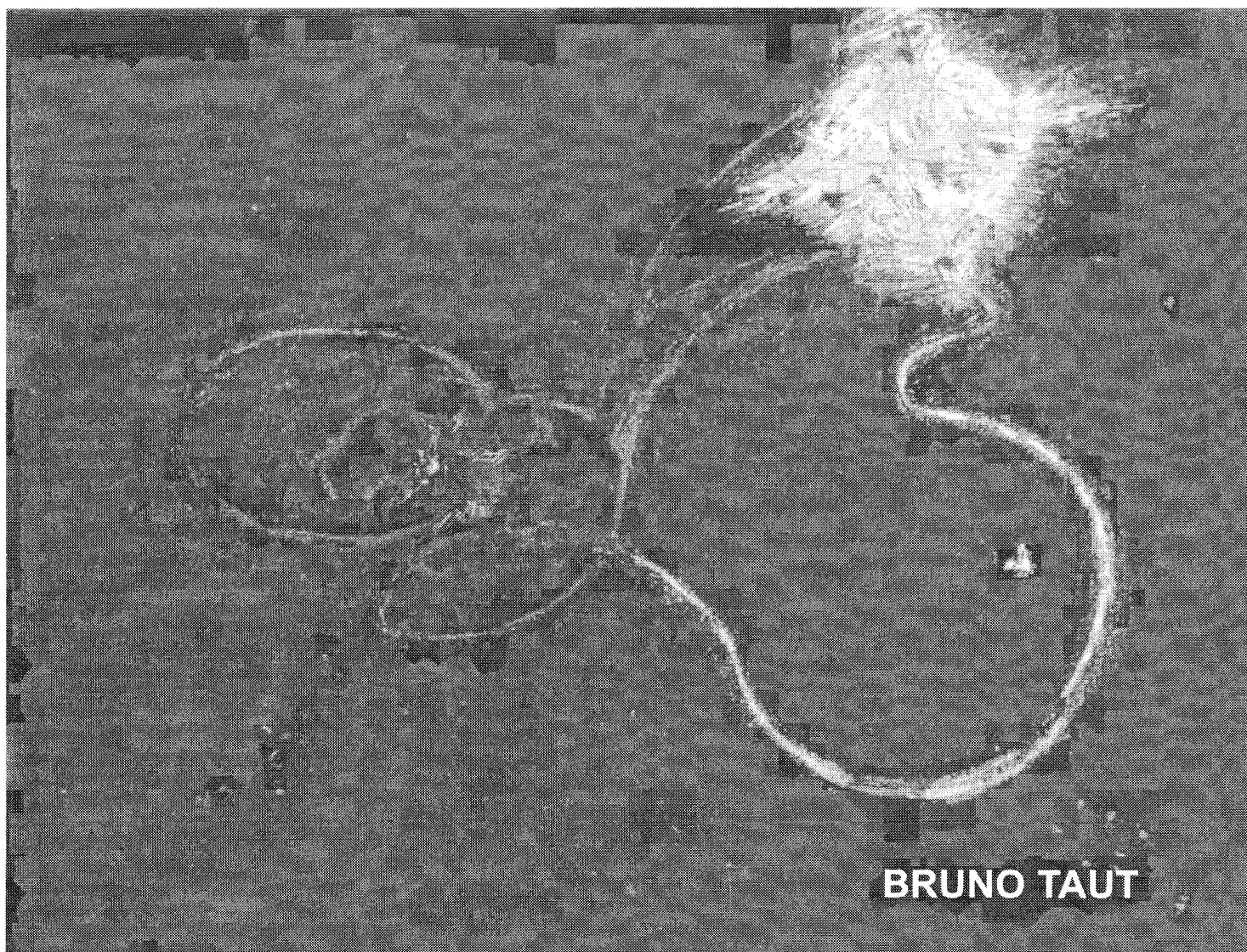


LA CORONA DE LA CIUDAD



BRUNO TAUT

¡Que sea exaltado mil veces el esplendor de la arquitectura!

Ella satisface las necesidades del hombre, le protege de la intemperie y de los múltiples peligros que le acechan cuando sin refugio hace frente a la naturaleza. Por eso la arquitectura asume un papel fundamental en la existencia del hombre, el papel de la «finalidad artística» que satisface las exigencias prácticas de una forma artística.

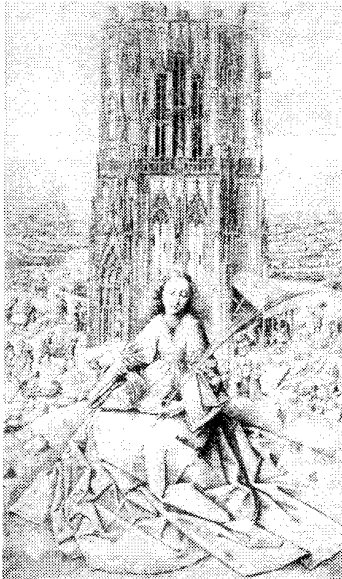
Solo cuando los deseos humanos superan la dimensión estrictamente práctica y utilitarista y cuando se abre camino una exigencia cualitativa en la manera de vivir, la arquitectura se muestra en mayor medida en su esencia.

Entonces, no parece tan estrictamente ligada a las necesidades prácticas y da lugar por fin al arte.

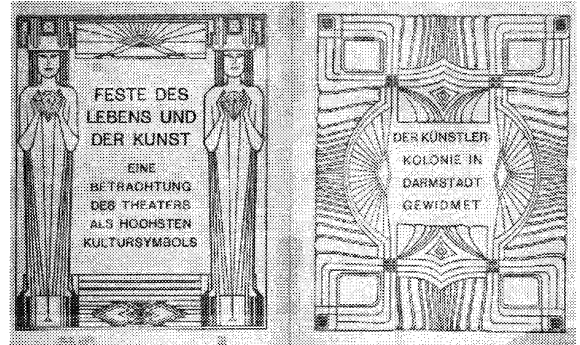
Ésta es en conjunto la concepción con la cual tienen que enfrentarse la arquitectura actual y sus seguidores.

Los arquitectos que han actuado hasta ahora no son tan deplorables.

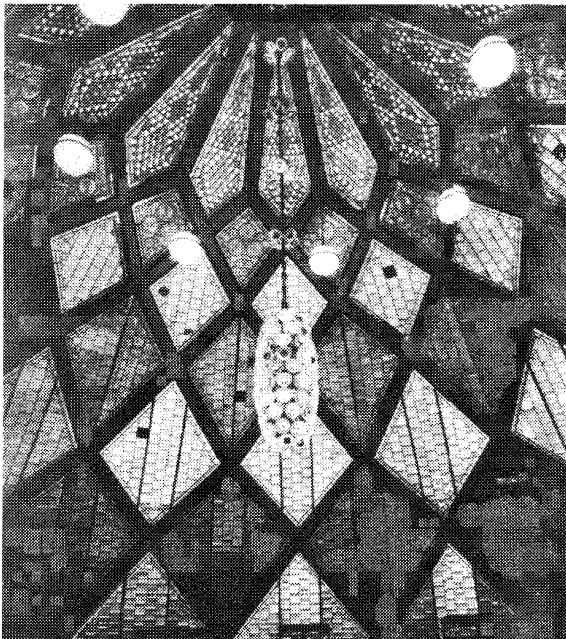




Die Stadtkrone, portada con dibujo de Santa Barbara de Jan van Eyck, Jena 1919



Interior de la cúpula de la Glashaus, Colonia, 1914

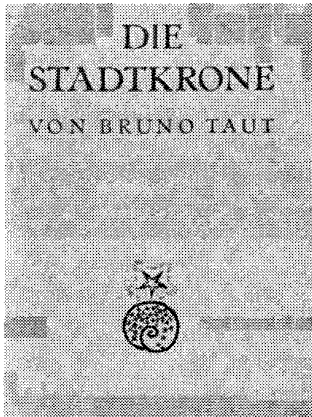


De hecho, ya es mucho satisfacer las exigencias siempre numerosas y crecientes, determinadas por el deseo de bienestar (prosperidad) que tiene la humanidad, con formas siempre nuevas que, con mucha coherencia interior, dejen claras las finalidades de la obra y actúen en el ámbito de la cultura de manera clara y estimulante por su respuesta a las exigencias prefijadas.

Pero, tratándose de formas, o sea de productos de la fantasía, tienen que imponerse con claridad, aunque sea en medida limitada, el significado y el valor de la fantasía en todos los casos en los que el lujo se convierte en estímulo y las exigencias prácticas no constituyen más unos límites estrechos.

No es suficiente la correspondencia entre forma y contenido, más allá de esto, el juego de las formas tiene que corresponder al ensanchamiento de los horizontes humanos. Se trata de la correspondencia a un cometido mayor que las simples necesidades materiales, y esto demuestra que la concepción de la arquitectura y de las tareas de los arquitectos que se ha tenido hasta ahora es absolutamente restrictiva.

Entender la arquitectura sólo como expresión de un contenido determinado, como revestimiento y decoración de las necesidades que hay que satisfacer, como una especie de arte aplicada, quiere decir interpretar de manera despreciativa su significado. Eso queda claro en aquellas construcciones que necesitan algo más que las simples exigencias prácticas: estas construcciones tienen la dignidad del arte, el juego de la fantasía y mantienen sólo unas relaciones tenues con las instancias concretas desde las cuales empiezan.



Die Stadtkrone, 1919



Frühlicht, verano 1922

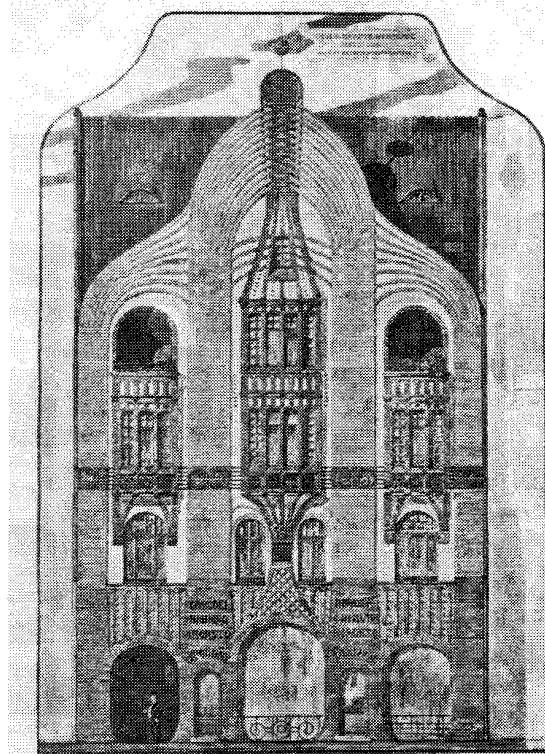
Pero ninguna actividad de la fantasía humana puede llevar a formas realmente artísticas si no surge de la vida espiritual, de la conciencia de la existencia humana.

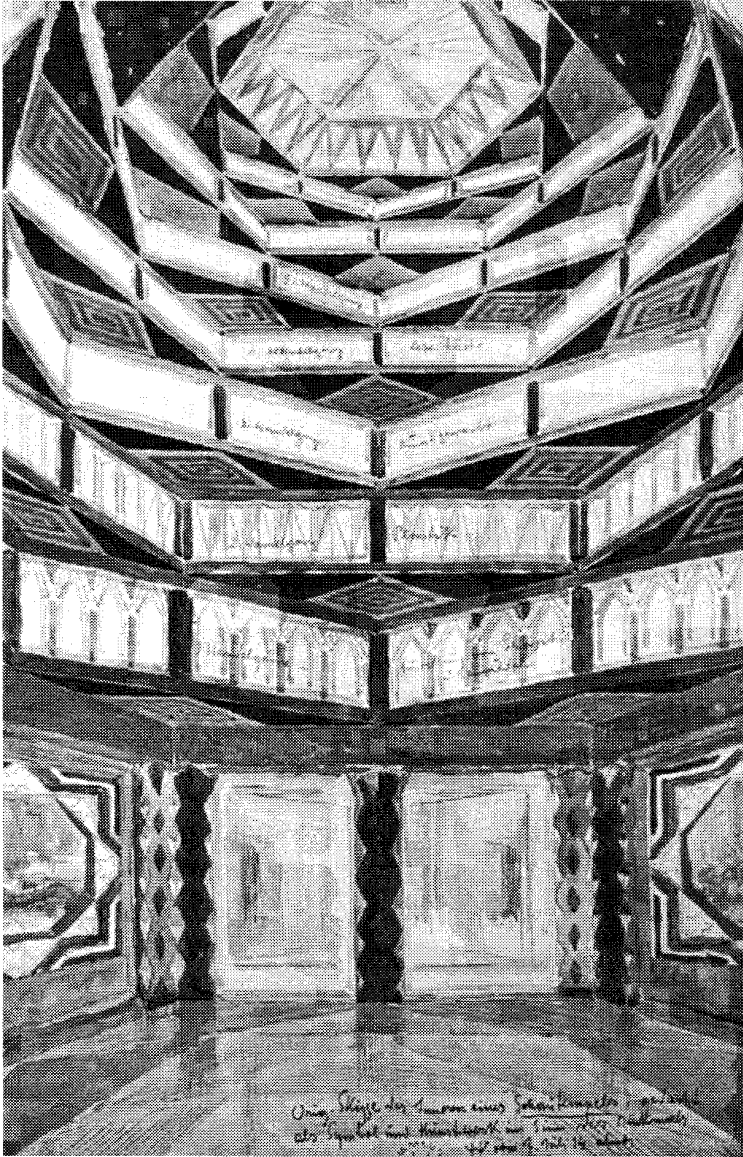
[...] Como todas las artes, la arquitectura ha de tener sus raíces en la vida del hombre, en todas las cosas en las cuales se destaca el valor intrínseco de la vida en su relación con el mundo exterior.

Dadas la naturaleza y la necesaria abstracción de las formas de la arquitectura, que por estas características a menudo se compara con la música, en una concepción muy distorsionada, tiene que quedar claro el concepto que está en la base del significado de la arquitectura.

Ella no puede, o puede solo de manera parcial, expresar líricamente los variados sentidos de su creador. La piedra que a largo de los siglos celebra el espíritu humano tiene que apoyarse sobre una base de sentimientos lo más amplia y sólida posible. Mientras el inventor es solo uno, la construcción de un edificio necesita de muchas manos y muchos materiales, entonces, para obtener un resultado unitario el arquitecto tiene que tener dentro de sí la conciencia y el conocimiento de las más profundas sensaciones y concepciones que están en el origen de la comunidad

Concurso para la fachada del edificio del Verein Deutscher Verblendeistenund Terrakotta-fabrikanten, 1902.





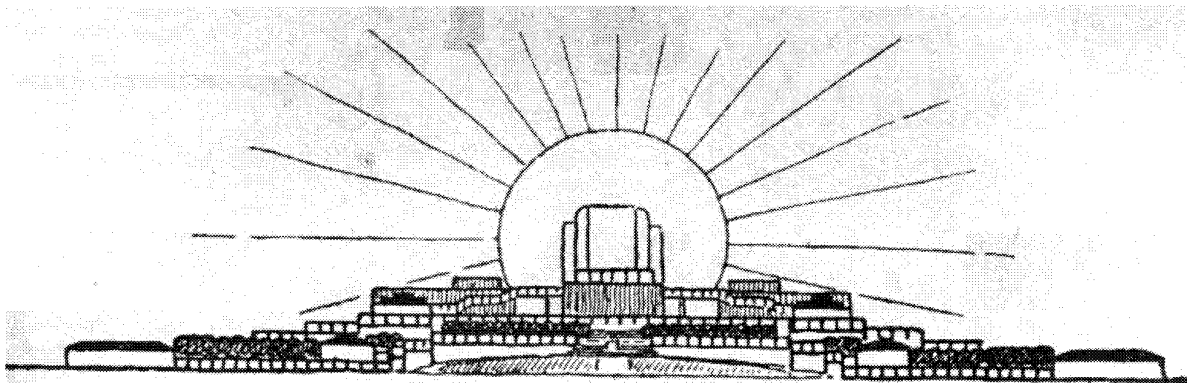
a la que está destinada su obra; no se trata sin embargo de los aspectos superficiales a los cuales nos referimos normalmente como «espíritu de la época», sino de las energías espirituales del pueblo que quedan todavía escondidas en la fe, en las esperanzas y en los deseos que aspiran a salir a la luz y, en un sentido más amplio, a expresarse en el «construir».

Lo que es verdaderamente necesario para cumplir las tareas que en apariencia dependen exclusivamente de las finalidades materiales, porque no son las exigencias prácticas, si no la fantasía de la forma a generar la arquitectura. Así se demuestra que lo que determina la voluntad del arquitecto es algo completamente diferente de la subyugación a las necesidades funcionales y queda claro que esta voluntad está mas allá de lo que es esencialmente práctico y que la mayor aspiración del arquitecto son aquellos tipos de edificios en los que las instancias prácticas tienen un valor insignificante, por no decir nulo.

En toda época de esplendor cultural, todo el mundo mira hacia una arquitectura que se eleva mas allá de las estrictas necesidades materiales y en este sentido se orientan las elecciones arquitectónicas del periodo.

La concepción limitativa que tenemos hoy de la arquitectura, en esta óptica, está completamente invertida.

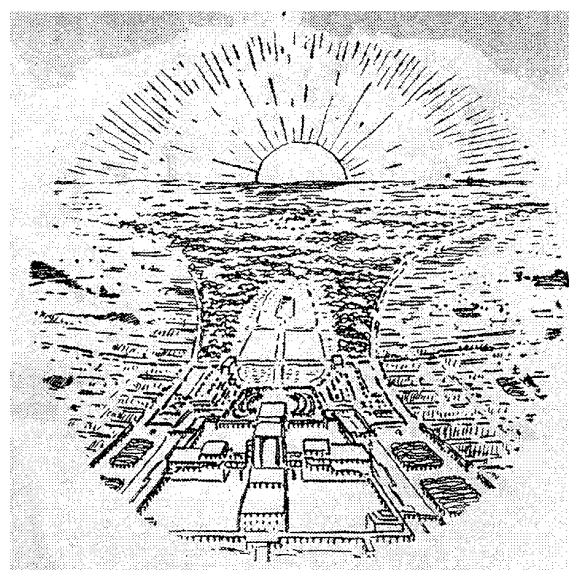
La catedral en las cimas de las ciudades antiguas, la pagoda que domina las cabañas asiáticas, el enorme



Die Stadtkrone, vista a vuelo de pajaró, Jena 1919

recinto del templo en las ciudades chinas y la acrópolis encima de las sencillas casas de las ciudades antiguas demuestran que la cima, el apogeo, la cristalina concepción religiosa, son las metas y el punto de partida de todas las construcciones, desde la cabaña más sencilla, y que las soluciones de las necesidades prácticas son ennoblecidas por su esplendor. No sólo los grandes edificios proceden de la profundidad y de la fuerza de la concepción de la vida, sino que la intensidad y el ardor de tal concepción generan la belleza, sobre todo en las pequeñas dimensiones. Es ésta la concepción que permite establecer las relaciones correctas entre las medidas, tarea esencial del arquitecto y que impide desatender la diferencia entre grande y pequeño, sacro y profano, lo que por el contrario, constituye la enfermedad de nuestra época.

Se trata de los mismos conceptos que en el Gótico llevan a elevar con audacia y entusiasmo las catedrales y, al mismo tiempo, a obtener en las construcciones más sencillas la perfecta realización de las exigencias prácticas y constructivas.



Die Stadtkrone, Jena 1919

Bruno Taut, *La corona della città. Die Stadtkrone*, 1919

Edición utilizada para la traducción: *La corona della città / Die Stadtkrone*, Milán: Gabriele Mazzotta Editor, 1978
Traducción texto: Lucia Giuliano